

verdugo. Entretanto, se halla confiada á mi custodia, y yo os juro que será custodiada de tal modo, que no podrá hacer ni recibir daño alguno. (*Vanse.*)



ACTO II

El Palacio de Westminster

ESCENA PRIMERA

EL CONDE DE KENT y SIR GUILLERMO DAVISON

DAVISON

Sois vos, milord de Kent? ¿Ya de vuelta del torneo?... ¿Ha terminado la fiesta?

KENT.—¿Cómo no habéis asistido á la justa?

DAVISON.—Mis ocupaciones me lo han impedido.

KENT.—¡Qué bello espectáculo habéis perdido, milord!... Ni pudo concebirse con más ingenio, ni dirigirse con más solemnidad. Se representaba el asedio de la casta fortaleza de la Hermosura por los Deseos. Defendían la fortaleza el lord mariscal, el gran juez, el senescal y otros diez caballeros de la Reina, y la atacaban los caballeros franceses. Primero, se adelantó un rey de armas que con un madrigal ha intimado la rendición; el canciller contesta de lo alto de las murallas y la artillería rompe el fuego; ¡qué lindos cañones! lanzaban ramilletes de flores y exquisitas y aromosas esencias, pero todo en vano; rechazado más de una vez el enemigo, los deseos se han visto forzados á retirarse.

DAVISON.—Lo cual me parece, conde, funesto augurio para las negociaciones matrimoniales entabladas por Francia.

KENT.—¡Ca, ¡ca! ¡Pura broma!... Creo, hablando seriamente, que la fortaleza acabará por rendirse.

DAVISON.—¿Lo creéis así? Por mi parte, creo seriamente que no será nunca.

KENT.—Francia ha cedido ya en los artículos más dificultosos; Monseñor se contenta con practicar su culto en una capilla privada, comprometiéndose á honrar y proteger públicamente la religión del reino. ¡Si hubiéseis presenciado el júbilo del pueblo cuando supo la nueva! Porque su perpetuo temor consistía en que la Reina muriese sin descendencia, y subiera al trono la escocesa, y cayera otra vez el reino bajo el yugo del papado.

DAVISON.—Me parece que puede abandonarse semejante temor. El día que Isabel se dirija al altar, María se dirigirá al cadalso.

KENT.—¡La Reina!

ESCENA II

Dichos.—ISABEL, dando el brazo á LEICESTER.—EI CONDE DE L'AUBESPINE.—BELLIEVRE.—EI CONDE DE SHREWSBURY. Lord BURLEIGH, y otros caballeros franceses é ingleses.

ISABEL (á l'Aubespine).—Compadezco, conde, á los nobles caballeros que llevados de su galantería, cruzaron el mar para venir aquí. Dejan la magnificencia de la corte de Saint-Germain, y á mí no me es dado ofrecerles, como á la reina madre, deslumbradores espectáculos. El único que puedo presentar con orgullo á los extranjeros es el de un pueblo honrado y feliz, que me bendice y se agolpa en torno de mi litera apenas salgo á la calle. El esplendor de las nobles damas

que florecen en el jardín de la Belleza de la reina Catalina, eclipsaría mi persona y mi oscuro mérito.

L'AUBESPINE.—En la corte de Westminster sólo una mujer se ofrece á la mirada de los extranjeros, pero reúne en sí todas las seducciones y hechizos de su sexo.

BELLIEVRE.—La Reina de Inglaterra se dignará permitirnos que nos despedamos para llevar á monseñor, nuestro real dueño, la tan deseada noticia que ha de colmarle de júbilo. Ya la ardiente impaciencia de su corazón no le permitió seguir en París; en Amiens aguarda á los mensajeros de su dicha; todo se halla dispuesto hasta Calais, para que el sí pronunciado por vuestros labios llegue prontamente á su alma, ebria de amor.

ISABEL.—Conde de Bellièvre, no me apremiéis más. No es éste el momento, os repito, de encender las alegres antorchas de himeneo. Cubren el horizonte de esta comarca negros nubarrones, y me sentaría mejor el luto que el velo nupcial, porque un golpe deplorable amenaza mi corazón y mi familia.

BELLIEVRE.—Dadnos al menos una promesa, señora; se cumplirá en más felices días.

ISABEL.—Los reyes son esclavos de su condición, y no pueden ceder nunca á los propios impulsos. Yo hubiese deseado morir doncella y fundara mi gloria en escribir sobre mi tumba: «aquí yace la reina virgen,» pero mis vasallos no lo quieren así, y sueñan ya en los tiempos que sucederán á mi muerte. No basta la prosperidad que actualmente reina; he de sacrificarme á su felicidad futura; he de renunciar por mi pueblo á mi libertad, el dón más precioso que poseo,... me fuerzan á tomar dueño. Con esto me prueba el pueblo que me tiene simplemente por una mujer, cuando yo creía haber reinado como un hombre, como un rey. Harto sé que se desobedece á Dios, desobede-

ciendo á las órdenes de la naturaleza, y merecen elogio mis antecesores por haber abierto los claustros y devuelto á los deberes de la vida á millares de personas, víctimas de mal comprendida piedad. Mas una reina que no disipa sus días en vana y ociosa contemplación, que ejerce sin tregua y sin flaqueza los más espinosos cargos, debiera eximirse de aquella ley natural, que somete la mitad de la raza humana á la otra mitad.

L'AUBESPINE.—Habéis hecho brillar todas las virtudes en el trono; sólo os falta dar á vuestro sexo, del cual sois la gloria, brillante ejemplo de sus propios deberes. No existe, en efecto, en la tierra hombre alguno que sea digno de obtener el sacrificio de vuestra libertad; mas si la ilustre cuna, la elevación, la virtud heroica... la belleza varonil... son bastantes para aspirar á este honor...

ISABEL.—Sin duda, señor embajador, que una alianza con un príncipe francés me honra... Confieso sin ambages, que si debiera un día tomar esposo, si me veo forzada á ceder á las instancias de mi pueblo, que temo sean más poderosas que mi voluntad, no conozco en Europa ningún príncipe á quien sacrifique con más gusto el dón más precioso, la independencia. Contentaos con esta declaración.

BELLIEVRE.—Que es al propio tiempo la más bella esperanza, pero al fin sólo una esperanza, y mi señor quisiera algo más.

ISABEL.—¿Qué desea? (*Se saca un anillo y lo contempla y reflexiona.*) ¿Una reina se halla, pues, en el mismo caso que la simple villana? El mismo signo expresa los mismos deberes y la misma servidumbre, así para una como para otra. Un anillo concluye una boda, y con anillos se forman las cadenas. Ofreced este presente á su alteza; no es todavía vínculo que me obligue, pero puede serlo con el tiempo y para siempre.

BELLIEVRE (*se arrodilla y recibe la joya*).—De hinojos y en su nombre, gran señora, acepto este presente y os rindo homenaje besando la mano á mi princesa.

ISABEL (*al conde Leicester, á quien ha contemplado con atención durante sus últimas palabras*).—Permitidme, milord. (*Le toma el cordón azul y lo cuelga al cuello de Bellievre.*) Llevad á Vuestra Alteza esta condecoración con la cual quedáis investido, conforme á la divisa de la orden «*Honni soit qui mal y pense.*» Acabe, sí, todo recelo entre ambas naciones, y una desde ahora la confianza las coronas de Francia é Inglaterra.

L'AUBESPINE.—Gran Reina, este es día de júbilo. Dios haga que se extienda al mundo entero y cese de gemir en esta isla el último desgraciado. La bondad brilla en vuestro semblante... Penetre un rayo de esta serena claridad hasta el calabozo de la infortunada princesa, que pertenece igualmente á Inglaterra y á Francia.

ISABEL.—No terminéis, conde; no confundamos dos asuntos completamente distintos. Si Francia desea formalmente mi alianza, debe participar de mis inquietudes, y no apoyar á mis enemigos.

L'AUBESPINE.—Francia cometería una indignidad, aun á vuestro juicio, si al contraer semejante alianza, olvidase á esta mujer infortunada, unida á ella por el vínculo de la religión y viuda de su rey. El honor y la humanidad exigen...

ISABEL.—En este sentido, sé apreciar como se debe esta intercesión. Francia cumple un deber de amistad; séame permitido á mi vez obrar como soberana.

(*Despide á los caballeros franceses que se retiran con respeto, acompañados de los lores.*)

ESCENA III

ISABEL.—LEICESTER.—BURLEIGH.—TALBOT

La Reina se sienta

BURLEIGH.—Gloriosa Reina: hoy coronáis los ardientes deseos de vuestro pueblo; hoy por primera vez nos regocijamos sin reserva, viendo en lontananza los días de bendición que vais á concedernos, porque se aclara el tempestuoso horizonte. Una sola inquietud aflige todavía á este país; existe una víctima cuyo sacrificio piden todos. Ceded á este deseo, y empiece hoy la eterna dicha de Inglaterra.

ISABEL.—¿Qué más desea mi pueblo? Hablad, milord.

BURLEIGH.—Pide la cabeza de la Estuardo. Si queréis consolidar el precioso bien de la libertad en Inglaterra, y la luz de la verdad á tan alto precio conquistada, fuerza es que María perezca. Fuerza es que perezca, para no temblar perpetuamente por vuestra preciosa vida. No ignoráis, señora, que no todos los ingleses profesan la misma religión, y que el culto idólatra de Roma cuenta aún en esta isla con muchos y secretos sectarios. Todos alimentan en su seno sentimientos hostiles, y vuelven sus ojos hacia la Estuardo, y mantienen relaciones con sus hermanos de Lorena, vuestros irreconciliables enemigos. Este furibundo partido os ha jurado guerra de exterminio, y combate con las pérfidas armas del infierno, forjadas en la casa del cardenal arzobispo de Reims, arsenal de la conjuración, escuela del regicidio, plantel de los emisarios entusiastas y resueltos que vemos llegar á nuestra isla, bajo toda suerte de disfraces. Ultimamente hemos visto el tercer asesino, salido

de aquel centro: abierta sima que arrojará aún perpetuamente á la superficie enemigos secretos. En el castillo de Fotheringhay se halla nuestra Ate (1), la que provoca esta guerra incesante, la que incendia el reino con la tea del amor, la que con lisonjeras esperanzas atrae á la juventud á muerte cierta. Libertarla: he aquí el pretexto de tales conjuraciones; colocarla en el trono: he aquí el verdadero fin. Porque la casa de Lorena no reconoce vuestros sagrados derechos, y os tiene por usurpadora del trono, coronada por la fortuna. Ellos han persuadido á la insensata á titularse reina de Inglaterra, y la paz no será posible con esta mujer ni con esta raza. Debéis herir, ó recibir el golpe. Su vida es vuestra muerte, y su muerte vuestra vida.

ISABEL.—Cumplís, milord, un penoso cargo. Conozco la pureza de vuestro celo y la sabiduría de tales consejos, pero esta sabiduría que reclama la muerte, la detesto en lo íntimo de mi corazón. Discurrid un medio menos riguroso. Milord Shrewsbury, decidnos vuestra opinión.

TALBOT.—Con justicia encomiáis, señora, el celo que anima el fiel corazón de Burleigh. Aunque no poseo su elocuencia, no es menor mi fidelidad. Dios quiera concederos largos años de vida para ser la alegría de vuestro pueblo, y prolongar la dicha de la paz en este reino. Nunca, desde que lo rige la monarquía, disfrutó de tantas venturas. Mas no sea nunca, por Dios, á costa de su gloria, ó ciérrense para siempre los ojos de Talbot, antes de que llegue tamaño desastre.

ISABEL.—Dios nos libre de manchar nuestra gloria.

TALBOT.—Pues entonces discurrid otros medios para salvar al reino, porque la ejecución de María es

(1) Divinidad de la mitología griega, que personificaba el espíritu de perversión.

una injusticia, porque no podéis juzgar á quien no es vuestro vasallo.

ISABEL.—En este caso yerran mi Consejo de Estado y mi Parlamento, yerran todos los tribunales del reino, cuando me reconocen semejante potestad.

TALBOT.—La pluralidad de votos no es prueba de justicia. Inglaterra no es el mundo, ni vuestro Parlamento representa á toda la humanidad. La Inglaterra de hoy no es la Inglaterra del porvenir, como tampoco la del pasado. El oleaje movible de las opiniones se embravece ó se calma, al soplo de la pasión. No digáis que os fuerza la necesidad y os apremian las instancias de vuestro pueblo, porque en cuanto queráis, á cada instante, podréis convenceros de que vuestra voluntad es libre. Ensayad. Declarad que os horroriza el derramamiento de sangre, que os anima el deseo de salvar la vida de vuestra hermana; manifestad á los que otra cosa os aconsejan sincera indignación, y bien pronto veréis cómo se desvanece semejante necesidad, y como lo justo se trueca en injusto. Sólo vos debéis juzgar, voz sola, sin que os sea dable apoyaros en tan frágil é insegura caña. Ceded espontáneamente á los impulsos de vuestra bondad. Dios no hizo severo el delicado corazón de la mujer, y cuando los fundadores de este reino le concedieron como al hombre la realeza, quisieron indicar claramente que la severidad no debía ser la primera virtud de nuestros reyes.

ISABEL.—El conde de Shrewsbury es ardiente abogado de la enemiga de mi reino, y de mi persona... Prefiero los consejos consagrados á mis intereses.

TALBOT.—¡Ah!... No puede envidiársele un defensor... nadie acudirá á su defensa á trueque de exponerse á vuestra cólera. Permitid, pues, á un pobre anciano que, hallándose al borde del sepulcro, no puede dejarse seducir por ninguna esperanza terrena, permitidle salir á la defensa de una mujer desampa-

rada. No se diga al menos que en vuestro Consejo de Estado sólo habló la pasión y el interés personal, y calló la misericordia. Vos misma no visteis jamás su rostro; ni un solo afecto en vuestro ánimo habla en favor de la extranjera. No he tomado la palabra para justificar sus delitos. Dicen que hizo degollar á su esposo; lo que hay de cierto es que se casó con el asesino. Gran crimen, en verdad, pero ocurrió en época de trastornos y calamidades, y en medio de las angustias de la guerra civil. Rodeada de vasallos exigentes, débil como era, se arrojó en brazos del más fuerte, del más resuelto. ¡Quién sabe por qué artificios la sedujo! La mujer es frágil.

ISABEL.—La mujer no es frágil. Hay en nuestro sexo almas fuertes; no quiero que en mi presencia se hable de la fragilidad de las mujeres.

TALBOT.—Vos habéis aprendido en la severa escuela de la desgracia, señora; la vida no se os ofreció en sus comienzos bajo halagüeño aspecto, y lejos de esperar una corona, visteis bajo vuestras plantas una tumba. En Woodstock y á la sombra de un calabozo, Dios, que protege nuestra patria, os preparaba por el dolor al cumplimiento de tan sublimes deberes, sin que la lisonja fuera á vuestro encuentro. Alejada de todo trato con el mundo, vuestra alma aprendió á meditar, á ensimismarse y á estimar los verdaderos dones de la vida. Mas Dios no salvó por igual manera á aquella infortunada. Apenas niña, vedla en la corte de Francia, morada de la ligereza y de los frívolos placeres. Allí, en la continua embriaguez de los espectáculos, no oyó jamás la voz austera de la verdad, y se la fascinó con la brillantez del vicio, y fué arrebatada por el torrente de la licencia. Había recibido del cielo el pasajero don de la belleza; con ella eclipsaba á las demás mujeres, y sus hechizos, no menos que su cuna...

ISABEL.—Volved en vos, milord de Shrewsbury; re-

cordad que estamos celebrando solemne consejo. Muy grandes han de ser tales hechizos cuando de tal modo apasionan á un anciano. Milord Leicester, sólo vos guardáis silencio; lo que anima la elocuencia de milord Shrewsbury ¿pone tal vez un candado en vuestros labios?

LEICESTER.—¡Enmudezco de sorpresa, señora, viendo con qué vanos terrores ocupan vuestra atención! ¡cómo perturban la serenidad de vuestro Consejo de Estado, y preocupan formalmente á hombres graves, fábulas y murmuraciones del vulgo crédulo! Confieso que me admira que la desheredada reina de Escocia, la mujer que no ha sabido conservar su pequeño trono, juguete de sus propios vasallos, arrojada de su reino, pueda de pronto poner espanto en vuestro corazón desde el fondo de su calabozo... ¡Por el cielo! ¿Qué puede hacerla temible á vuestros ojos? ¿Serán sus pretensiones á la corona? ¿Será la oposición de los Guisas á reconocer vuestros derechos? Pero, ¿por ventura la oposición de los Guisas puede anularlos, heredados como son y confirmados por el Parlamento? ¿No fué excluída tácitamente en la última voluntad de Enrique? La Inglaterra que goza felizmente de la nueva religión, ¿querrá arrojarse otra vez en brazos de una papista y abandonará su adorada Reina por la matadora de Darnley? ¿Qué pretenden estos hombres impacientes que mientras vivís os molestan hablando de vuestro heredero, y se empeñan en casaros con tal urgencia para salvar la Iglesia y el Estado? Sois joven y fuerte todavía, mientras cada día que pasa para ella la marchita y la empuja á la muerte!... ¡Por el cielo! Harto tiempo hollaréis su tumba para que os sea preciso precipitarla en ella.

BURLEIGH.—Lord Leicester no fué siempre de esta opinión.

LEICESTER.—¡Verdad! Voté la pena capital en el

Consejo, y allí otro fué mi lenguaje. Pero ahora no se trata de lo que es más justo, sino de lo que es más conveniente. ¿Debe temérsela, en el punto en que Francia, su único apoyo, la abandona? ¿cuando vais á otorgar la mano al descendiente de sus reyes, y la esperanza de nueva progenie regocija á la patria? ¡Por qué matarla! Ha muerto ya; el desprecio es la verdadera muerte. Temed por el contrario que resucite con la compasión. Opino, pues, que se deje subsistir en toda su fuerza la sentencia pronunciada contra ella. Que viva, pero que viva bajo el hacha del verdugo, y si se levanta en su defensa un solo brazo, caiga inmediatamente su cabeza.

ISABEL (*se levanta*).—Milores; he oído vuestras opiniones, y os agradezco semejante celo. Con la ayuda de Dios, que ilumina á los reyes, examinaré las razones alegadas y elegiré el partido que me parezca más prudente.

ESCENA IV

Dichos.—PAULETO.—MORTIMER

ISABEL.—Ved á sir Amias Pauleto. Sir Pauleto, ¿qué venís á anunciarme?

PAULETO.—Gloriosa Reina; mi sobrino, recién llegado de largo viaje, se rindè á vuestras plantas y os ofrece sus servicios. Recibidlo con bondad, y caiga sobre él un rayo de vuestro favor.

MORTIMER (*hincando la rodilla*).—Dios conceda largos años de vida á mi augusta soberana, y coronen su frente la gloria y la felicidad.

ISABEL.—Alzad y sed bien venido á Inglaterra. Habéis viajado mucho, sir Mortimer, habéis visitado Francia y Roma, deteniéndoos en Reims. Decidme algo de lo que traman nuestros enemigos.

MORTIMER.—¡Dios los confunda!... Así se volvieron contra sus propios corazones, los dardos que intentan lanzar contra mi Reina.

ISABEL.—¿Visteis á Morgan y al muy intrigante obispo de Ross?

MORTIMER.—He conocido en Reims á cuantos escoceses desterrados se ocupan en conspirar contra este país. Me he insinuado en sus corazones á fin de descubrir alguno de los proyectos que les ocupan.

PAULETO.—Le confiaron algunas cartas misteriosas y cifradas para la Reina de Escocia, y nos las ha entregado con toda fidelidad.

ISABEL.—Decidnos en qué consisten sus últimos planes.

MORTIMER.—Les ha desconcertado el abandono de Francia y la estrecha alianza que acaba de contraer con Inglaterra, y vuelven los ojos á España.

ISABEL.—Esto es lo que me escribe Walsingham.

MORTIMER.—Cuando iba á salir de Reims, se había recibido una bula de excomuni6n lanzada contra vos por el papa Sixto V. Llegará con el primer navío que arribe á nuestras playas.

LEICESTER.—Semejantes armas no asustan ya á Inglaterra.

BURLEIGH.—Pero son temibles en manos de un fanático.

ISABEL (*contemplando á Mortimer con mirada penetrante*).—Os acusan de haber frecuentado las escuelas de Reims y abjurado vuestras creencias.

MORTIMER.—Confieso que lo fingí, con el deseo de serviros.

ISABEL (*á Pauleto que saca un papel*).—¿Qué es esto?

PAULETO.—Una carta que os dirige la Reina de Escocia.

BURLEIGH (*cogiéndole el brazo*).—Dadme esta carta.

PAULETO (*entregando la carta á la Reina*).—Perdo-

nadme, lord tesorero; me ordenó entregarla á la Reina en persona. Aunque me tiene por su enemigo, soy tan sólo el enemigo de sus faltas, y cuanto se acuerda con mi deber lo hago gustoso por ella.

(*La Reina ha tomado la carta, y mientras la lee, Mortimer y Leicester se hablan en voz baja.*)



BURLEIGH (*á Pauleto*).—¿Qué traerá esta carta? ¡Fútiles lamentos que debiéramos evitar al sensible corazón de la Reina!

PAULETO.—No me ocultó su contenido. Solicita el favor de ver á la Reina.

BURLEIGH (*con viveza*).—¡Eso nunca!

TALBOT.—¿Y por qué no?... la súplica no es injusta.

BURLEIGH.—No merece el honor de contemplar el augusto semblante de nuestra soberana, la que prepa-

ró el regicidio sedienta de su sangre. Y todo vasallo leal debe abstenerse de darle tan malo y pérfido consejo.

TALBOT.—Si la Reina le concede este favor, ¿pondréis freno al generoso impulso de su clemencia?

BURLEIGH.—Está sentenciada: oprime su cuello el hacha del verdugo. Visitar á quien se halla destinada al cadalso, es acto indigno de Su Majestad; si la Reina se acerca á ella, la sentencia no podrá ejecutarse, porque la presencia real lleva consigo el indulto.

ISABEL (*enjugando sus lágrimas después de haber leído la carta*).—¿Qué es el hombre? ¿Qué es la dicha en este mundo?... ¿A qué extremo llegó esta Reina, la que empezó su carrera rodeada de tan halagüeñas esperanzas, la que fué llamada al más antiguo trono de la cristiandad, la que esperó ceñir su frente con tres coronas?... ¡Cuán diferente su lenguaje del que usaba cuando abrazó el escudo de Inglaterra y recibía de la lisonja el título de Reina de las islas Británicas! Dispensadme, milores. Invade mi alma la tristeza, se desgarran de dolor, cuando considero la movilidad de las cosas terrenas,... cuando siento pasar junto á mi las terribles manifestaciones del destino humano!

TALBOT.—¡Oh, Reina! Dios conmueve vuestro corazón; obedeced á esta inspiración divina; harto cruelmente ha expiado ya sus crueles delitos; tended la mano á quien tan bajo cayó, y descended como ángel de luz á las tinieblas de su calabozo.

BURLEIGH.—¡Firmeza, señora! No permitáis que perturbe vuestro ánimo laudable conmiseración; no os despojéis por vuestra propia mano de la libertad de obrar según convenga. No os es posible indultarla, ni salvarla; evitad, pues, el odioso cargo de que os permitisteis el cruel y sarcástico placer de apacentar vuestras miradas con el aspecto de la víctima.

LEICESTER.—Permanezcamos dentro nuestros lími-

tes, milores; la Reina es discreta, y no necesita de nuestros consejos para elegir el mejor partido. Fuera de que la entrevista de las dos reinas no tiene nada de común con el curso regular de la justicia. Pues las leyes de Inglaterra, y no la voluntad de nuestra soberana, han condenado á María, digno será de la magnánima Isabel obedecer á sus nobles impulsos, mientras la ley guarda su riguroso imperio.

ISABEL.—Retiraos, milores; hallaremos modo de conciliar la clemencia con los deberes que impone la necesidad... Entre tanto, retiraos. (*Se van los lores; llama á Mortimer.*) Sir Mortimer, una palabra.

ESCENA V

ISABEL.—MORTIMER

ISABEL (*después de haberle observado con penetrante mirada*).—Habéis dado pruebas de osada resolución, y de imperio sobre el propio ánimo, poco común á vuestra edad. Quien sabe practicar tan pronto el difícil arte del disimulo, contrae grandes méritos antes de tiempo y abrevia los años de aprendizaje. Os pronostico que estáis destinado á brillante carrera,... por fortuna, yo misma puedo hacer bueno mi pronóstico.

MORTIMER.—Gran Reina, cuanto puedo, y cuanto sé, está á vuestro servicio.

ISABEL.—Aprendisteis á conocer á los enemigos de Inglaterra, cuyo odio contra mí es implacable, cuyos sanguinarios proyectos no tendrán fin. Verdad que el Todopoderoso me ha protegido hasta ahora, pero la corona vacilará en mis sienes mientras viva aquella que sirve de pretexto á su fanático celo y fomenta sus esperanzas.

MORTIMER.—Mandad, señora, y dejará de existir.

ISABEL.—¡Ah! sir; creí alcanzado mi propósito, y